

26 de mayo de 2022 - Solemnidad de la Ascensión

[Hechos 1:1-11; Heb 9:24...10:23; Lc 24:46-53](#)

### Homilía

Este es el cuadragésimo día de nuestra celebración de la Pascua del Señor, que terminará dentro de diez días con la solemnidad de Pentecostés. Lo que celebramos hoy, en la fiesta de la Ascensión, es sólo una faceta del mismo misterio pascual. No fue hasta el siglo V cuando los cristianos empezaron a celebrar litúrgicamente la Ascensión como una fiesta separada de la Resurrección. Estas dos fiestas son, de hecho, simplemente dos facetas del mismo misterio.

La ascensión de Jesús al cielo no es el paso de un espacio a otro, como hacen nuestras sondas espaciales. Es el paso del tiempo a la eternidad, de lo visible a lo invisible, de la inmanencia a la trascendencia, de la opacidad de nuestro mundo a la luz divina.

El cielo no es un lugar sino un estado en el que nos transformaremos si vivimos en el amor y la gracia de Dios. Cuando cada domingo decimos en el Credo que Cristo "ascendió al cielo", no estamos hablando de un viaje espacial de Jesús, sino que queremos decir que, en su humanidad, ha entrado en la eternidad. En el cielo de nuestra fe, que no es el cielo de los astronautas, no hay espacio, ni tiempo, ni dirección hacia arriba o hacia abajo. El cielo de la fe es Dios mismo, que habita en una luz inaccesible.

El evangelista Lucas es el único que nos ha dado una descripción de la Ascensión. Los otros tres evangelistas no separan el momento de la resurrección del momento de la entrada definitiva de Jesús en la gloria del Padre. Además, Lucas nos da dos relatos de la Ascensión, uno al final de su Evangelio y otro al principio del Libro de los Hechos, y los dos no son totalmente concordantes. Sería inútil y erróneo intentar reconstruir una descripción histórica de los hechos combinando los detalles de los dos relatos, pues el objetivo de Lucas no es describir un acontecimiento, sino dar una enseñanza espiritual y teológica. Detengámonos por el momento en el texto del Evangelio que acabamos de leer.

Cuando los dos discípulos de Emaús regresaron a Jerusalén con gran prisa, encontraron a los once y a todos sus compañeros que habían subido de Galilea con Jesús. Jesús se encontró de repente en medio de ellos y les dijo las palabras que forman el comienzo del Evangelio que acabamos de escuchar. Les recordó las profecías sobre la muerte y la resurrección del Mesías y les llamó a ser testigos de ellas, y luego les amonestó a permanecer en la ciudad, es decir, en

Jerusalén. Luego, después de un período de tiempo no especificado, "los condujo a Betania". El texto griego original es mucho más fuerte que la traducción un tanto sosa "los condujo a Jerusalén". El texto griego dice que Jesús los sacó [de Jerusalén], es decir, los arrancó de la "ciudad", y los llevó a Betania. Allí los bendijo, y mientras los bendecía "se separó de ellos" y fue llevado al cielo.

La idea central del relato de Lucas no es la glorificación de Jesús, sino la separación de sus discípulos. Se abrió un breve espacio de tiempo para la esperanza, para que los discípulos, privados de la presencia física de Jesús, pudieran profundizar en el significado de su muerte y resurrección y de su nueva forma de estar con ellos. Este breve espacio de tiempo ya ha terminado. Después de postrarse, regresaron "llenos de alegría" a Jerusalén y estuvieron constantemente en el Templo bendiciendo a Dios. A pesar de la mención de la alegría, el Evangelio de Lucas termina con lo que podría llamarse una nota negativa, o una observación algo triste que los discípulos aún no habían entendido. Volvieron a la misma Jerusalén de la que Jesús acababa de arrancarlos, de sacarlos. Incapaces de comprender el futuro, se refugiaron en el pasado. Habían olvidado que el velo del Templo se había rasgado en dos en el momento de la muerte de Jesús. El comienzo del Libro de los Hechos mostrará cómo se abrirán plenamente al mensaje de Jesús a partir de Pentecostés.

En el relato de los Hechos (nuestra primera lectura), dos ángeles se aparecen a los discípulos y les dicen: "Galileos (¡así que no habitantes de Jerusalén!) ¿por qué estáis ahí de pie mirando al cielo? Este Jesús, que fue arrebatado de entre vosotros, volverá de la misma manera que le visteis partir. No hay razón para pensar que se trata de una predicción de un regreso triunfal de Jesús al final de los tiempos. Más bien, es el regreso que Jesús predijo cuando dijo: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" y "cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy con ellos". Se "quita" una forma de presencia y se da una nueva forma de presencia. Este es el corazón del mensaje de Lucas. La parusía no será el regreso triunfal de un Jesús ausente, sino la manifestación plena de que siempre ha estado presente en la comunidad de sus fieles, de que siempre está presente en medio de nosotros.

Para nosotros y nuestra Iglesia de hoy, como para la Iglesia y los cristianos de todos los tiempos, estos textos de Lucas son una llamada a no vivir en las nubes, mirando al cielo donde Jesús se ha refugiado temporalmente, sino a encontrarlo presente aquí en la tierra en todos los acontecimientos de nuestra vida personal y colectiva, en nuestras pruebas y dificultades, así como en nuestras alegrías y esperanzas.

Jesús no está fuera del tiempo, y no regresará en el tiempo. Ha

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

---

entrado en la eternidad de Dios, que trasciende todos los lugares y todos los tiempos. Él está en nosotros y en medio de nosotros.

Armand Veilleux